

HUMBOLDT Y NOSOTROS

ERNESTO GUHL

Miembro de la Academia

No he podido saber por qué se me hizo el honor de hablar ante ustedes esta noche sobre Humboldt. Si es porque soy paisano de él, se trata pues de una mera coincidencia, que por sí sola no justifica mi presencia aquí.

Pero si es porque lo admiro como hombre y científico, veo una razón para dirigirles la palabra, aunque creo que hay personas mucho más autorizadas para esto que yo.

Y aun es más: durante las últimas semanas hemos oído hablar tanto de Humboldt que realmente me queda difícil decirles algo nuevo, excepto, quizá, referirme a los trabajos de Humboldt en Colombia, aunque no tuve, desafortunadamente, el tiempo necesario para esto.

Sin embargo, esta abundancia de ensayos sobre Humboldt que se han dado a conocer en estos días, me han orientado para el enfoque de mis palabras.

Tanto se ha dicho y tan diversamente se ha pintado a Humboldt, que uno se queda asombrado, si da crédito a todos estos ensayos, de la variedad y de lo cambiante de su carácter; hasta se tiene la impresión de que se trata de diferentes personas con el mismo nombre, y hasta de la creación de un personaje idealizado a propósito para poder hacer un discurso adecuado sobre él.

Un filósofo de la época, sagaz observador, burlón y sarcástico como el mismo Humboldt, formado por la época del iluminismo francés y de la especulativa filosofía alemana del siglo XIX, habló una vez como de un invento nuevo de su tiempo, del hecho de que muchas personas eran capaces de discutir y hablar sobre libros sin haberlos leído. Este invento al cual se refiere Lichtenberg, es un mal que desde entonces se ha agravaado bastante.

Pero su cura tampoco se obtiene con la mera lectura, lo que analiza el mismo filósofo en forma tan drástica que no quiero citarla en esta ocasión, sino más bien interpretarla con unas palabras de Goethe, quien también se refiere a este mal hablado *"de lo difícil que es leer y de la presunción de mucha gente que quiere leer sin los conocimientos indispensables y la preparación adecuada, todas las obras filosóficas y científicas como si se tratara de simples novelas. Ellas no saben cuánto tiempo y trabajo cuesta aprender a leer. Yo he necesitado —dice Goethe— para esto 80 años, y todavía no puedo decir que he alcanzado la meta"*.

Fue así, observando tanta semejanza en ciertos aspectos de la vida de la época de Humboldt y de la nuestra, que resolví enfocar esta hora memorable de reflexión bajo el aspecto de Humboldt y nosotros.

Cronológicamente un siglo es muy poco en la cadena de sucesiones de las 300.000 o más generaciones del gé-

nero humano, y durante una muy larga época de este período el hombre ha tenido menos influencia de modificación sobre las fuerzas no orgánicas de este planeta, que ciertas asociaciones vegetales.

Es decir: han existido en la historia del hombre, y existen todavía, períodos durante los cuales no había ni pueblos, ni estados, ni filosofía. La relación con su medio geográfico era semejante a la de otros seres vivientes de cierto desarrollo y tamaño.

Y todavía en el siglo pasado, el hombre de la época de Humboldt era menos distante en su evolución técnica del Cro-Magnon y filosóficamente de Platón, de los que nos separa, como consecuencia del desarrollo de la ciencia, a nosotros de Humboldt. En cuanto al aspecto tecnológico, y en el campo filosófico, dónde estamos con respecto a Humboldt y a dónde vamos en relación comparativa con la época de este sabio?

El centenario de la desaparición de un pensador debe ser el momento de reflexión para un análisis de nuestro mundo actual; debe ser, como dice la Academia de Ciencia de los Estados Unidos, una mira, más hacia el futuro que hacia el pasado, para examinar el estado actual de nuestros conocimientos en aquellas materias en las cuales Humboldt era un adalid excepcional. Además, tenemos que hacer un examen crítico para saber en cuánto se aprovechó y cómo se perfeccionó el pensamiento de Humboldt. O de lo contrario, hemos perdido el tiempo, no obstante el distanciamiento técnico y científico? Pero no es el caso de aprovechar esta fecha memorable para organizar reuniones sociales y otros actos al estilo, que no hacen sino comprobar que ciertos círculos culturales en muchos países, y no obstante su desarrollo técnico, todavía son subdesarrollados intelectualmente.

El mismo Humboldt critica esta situación cuando habla *del saber superficial y dogmático que reina en ciertos círculos del llamado alto mundo social*.

La ciencia ha cambiado las condiciones de vida del hombre. Ha cambiado las condiciones materiales, modificado la estructura de las agrupaciones humanas y ha intervenido en la vida del individuo. La tecnificación ha acelerado el desarrollo de la ciencia, ha creado bases para nuevas investigaciones, especialmente en el campo de las ciencias naturales, y ha dado origen a modificaciones materiales revolucionarias. Los trabajos técnicos de Humboldt quedaron atrás, son anticuados, sin valor real en la actualidad.

No sería del todo exacto, conmemorar y ver la importancia principal de Humboldt en sus trabajos de geodesta, botánico, arqueólogo, etc., ya que él nunca se especializó de tal manera en estas disciplinas, que justificara ahora, después de más de 100 años, su conmemoración por esas causas.

Es cierto, Humboldt fue un experto en las ciencias físicas y matemáticas, pero además era economista y político. Era el primer planificador en América. Un enciclopedista que supo analizar y sintetizar un maravilloso tejido de combinaciones para el bien del hombre.

Digo esto para los economistas jóvenes como ejemplo y guía, y no solamente para ellos sino también para aquellas instituciones internacionales que fueron creadas para aliviar la dura suerte de muchos seres humanos por medio de sus expertos técnicos, y que resultaron, en muchos casos, inferiores —si no contraproducentes— a sus misiones. Se ha dado una nueva palabra denominada “subdesarrollo”, al viejo concepto de imperialismo y explotación económica, para actualizarlo y obtener un mayor rendimiento. El problema principal no es la investigación y experimentación técnica agrícola por expertos internacionales, no obstante ser necesarios, sino como enseñar e incorporar los resultados de la ciencia y técnica experimentadas, con éxito en otras partes del mundo, al patrimonio cultural de los habitantes de estas comarcas. Es decir, el error grave que se comete muy frecuentemente es el hecho de que se considera la famosa ayuda técnica como la aplicación de unas fórmulas, sin pensar que en verdad se trata del traspaso de conocimiento de una cultura a otra, o sea, de un proceso de aculturación. Pero muchas veces no son capaces de comprender esto los famosos expertos internacionales, que según un célebre sacerdote “pasan sin penetrarse con los pueblos, a veces altivos y distantes, extranjeros bien pagados, profundizando sus conocimientos técnicos, ampliando su cultura, listos para encontrar puestos ventajosos en las universidades, en la política, en los negocios”.

Cuán diferente fué Humboldt! Los pueblos de la América Tropical lo aclamaron. En una carta que él recibió del Ministro de Relaciones Exteriores de México, leemos frases como estas: “...La nación toda agradece a usted sus trabajos, que han mostrado al mundo el futuro de nuestro desarrollo”; y más adelante: “...*nosotros seríamos felices si pudiéramos contar entre los ciudadanos de nuestra república con un hombre tan importante que se admira con toda razón en el mundo culto*”. Estos son sentimientos y palabras del mismo México que luego luchó contra la invasión extranjera y fusiló a su representante reaccionario. Los pueblos siempre han sabido en todos los tiempos escoger sus ídolos y también librarse de sus tiranos.

Creemos que la importancia de Humboldt consiste en ser uno de los pensadores máximos de su tiempo, que marcó un renacimiento de las ciencias naturales, especialmente de la geografía, que empieza a fines del siglo XVIII.

El problema del intercambio de materia y energía en la litosfera, hidrosfera y atmósfera, y su importancia para la geografía física en general, que se basa en esta interrelación que forma una de las características más propias y específicas del medio geográfico en todos los campos de la naturaleza y en cada etapa de su desarrollo, fue reconocido y estudiado por Humboldt. Tuvo él la rara capacidad de la visión del conjunto. Nunca analizó desde el limitado horizonte de un técnico especializado —como llaman en el lenguaje moderno a los investigadores— el complejo conjunto de la naturaleza,

sino siempre trató de comprenderla e interpretarla como una unidad. “*Cuán cansón y estéril sería el estudio de la superficie terrestre y sus variedades, si no se enfocara de un punto de vista universal*”, dice el mismo Humboldt. El conjunto del espacio en el cual nada lo impresionó tanto “*como aquel hecho de que éste se llena tan abundantemente con vida*”.

Hace 90 años, cuando se conmemoró el primer centenario del natalicio de Humboldt, se resolvió escribir la primera biografía científica del sabio, que luego fue elaborada por nueve científicos especialistas, cada uno en una materia, que Humboldt trató en su tiempo como un conjunto. Poco afortunada fue esta iniciativa porque carecía del lazo espiritual que usó Humboldt para unir los aspectos especiales en un sentido universal.

Fue Hermann Grimm quien criticó muy sabiamente este ensayo, defendiendo a Humboldt y su obra, cuando dijo: “*Ahora nos presentan a Humboldt como un personaje compuesto de varios científicos, que despertó más curiosidad que veneración. Los trabajos resultaron anticuados en sus diferentes aspectos que fueron desarrollados por sus sucesores, quienes se elevaron por encima de él como especialistas modernos mientras descuidaban lo humano, que era para Humboldt la última meta de la ciencia, y que ellos no lo consideraban suficientemente importante dentro de la investigación exacta. Igual a Goethe, quien también solamente era comprendido en su universalismo mientras vivía, ahora Humboldt era presentado casi como un gran diletante, al cual se debía perdonar tanto como admirar*”.

No, no repitamos el error, y más bien aprendamos de él. Hoy más que nunca necesitamos formar dirigentes dotados de elevada conciencia social y profunda preparación universitaria —no solamente preparación profesional especializada— capaces de correlacionar y aprovechar las distintas ramas del saber en bien de la comunidad, en el espíritu humboldtiano.

Esta interrelación de las ciencias es uno de los resultados de sus investigaciones prácticas sobre el terreno del geógrafo, puesto “*que ve en el espacio más pequeño, como consecuencia de una profunda observación, los más variados resultados de ésta, concentrados y expresados en importantes datos numéricos, y luego su meditada comparación entre sí*”. Basado este pensamiento filosóficamente sobre la Teoría del Conocimiento de Kant. “*Para que se pueda realizar lo que la lógica e inteligencia indican que se debe poner en práctica, es necesario conocer la naturaleza del sujeto, sin la cual es imposible realizar lo primero*”. Se basa pues, este pensamiento, que además se caracteriza por una consecuente exclusión de problemas religiosos y metafísicos en sus obras, no obstante su profundo respeto por ellas, en la convicción de que “*la naturaleza no se debe estudiar según objeto o fines, sino según sus causalidades, como fenómenos, para conocerla como un conjunto, y todas las observaciones y conclusiones ganan en importancia y comparabilidad, en la medida como se logre expresarlas en fórmulas matemáticas*”. (Plewe). Es decir, causalidad en el sentido de la física, que no coincide con el concepto general sobre este fenómeno, y hoy en la geografía humana basada en el pensamiento humboldtiano, hablamos de que se debe reemplazar el causalismo por el funcionalismo y los factores culturales

aparentemente determinados por el dinamismo histórico y social.

Esta “*idea de una física de la tierra*” como Humboldt la llama y la interpreta en sus famosas conferencias sobre geografía física en Berlín, que fueron las primeras conferencias de carácter popular sobre ciencias naturales empíricas en Alemania, iniciando así una nueva era cultural, constituyen las bases de su obra cumbre “El Cosmos”, en la que ve la naturaleza como un sistema ordenado según determinadas reglas. “*La naturaleza es para la observación reflexiva una unidad dentro de lo complejo; unión de lo diferente en forma y combinación; expresión de las cosas y de la fuerza de la naturaleza como unidad vital. El resultado más importante de la investigación física del pensador es, por lo mismo, reconocer esta unidad en la complejidad, abarcar, desde lo individual, el todo que nos ofrecen los descubrimientos de los últimos tiempos; separar los detalles críticamente, sin ser víctima de su masa; con conciencia del alto destino del hombre, comprender el espíritu de la naturaleza que está cubierta por el manto de los fenómenos*”.

Como en toda la ciencia, así también en la geografía la primera condición es la exacta localización y descripción de los hechos. Tan claro y sencillo como parece esto, resultó apenas después de una larga lucha. Durante largo tiempo, y todavía hoy en muchas partes, la geografía se contenta con una descripción general, una generalización que encierra los naturales peligros de una simplificación que puede resultar hasta falsa. El desarrollo y la perfección de los métodos de investigación espacial son, pues, condición indispensable para obtener un concepto geográfico, o sea integral, de un espacio. Es necesario analizar ciertos aspectos y fenómenos por separado, pero estos no se deben emancipar del conjunto. Tan necesaria como es la especialización, así es de peligrosa la mera colección y coordinación de los resultados de la ciencia, a la cual se dedican muchos institutos exclusivamente con fines económicos o políticos, perdiendo el punto de vista del conjunto, o sea su destino científico final a favor del hombre, tal como lo vio Humboldt: como la coronación de toda la investigación científica. Consiste pues, la mayor importancia de Humboldt —además de haber sido también un excepcional detallista, explorador e infatigable trabajador, porque también en la categoría de hombres como Humboldt, el genio no existe sin trabajo— en su capacidad de comprender y presentar el conjunto, y así lo comprendió y apreció su época y también nosotros. Confirma lo anterior la crítica que se hizo en su tiempo a su obra sobre “Asia Central” que —según ella— no era nada extraordinario, porque sólo relató nuevos hechos, también nuevos errores, pero no dio una nueva orientación. Es decir, era el informe de una exploración, pero nada más; no era comparable, no obstante su valor, con la obra sobre sus viajes equinociales al Nuevo Mundo. Fue el mismo Humboldt quien previó la evolución del pensamiento y de la ciencia cuando dijo: “*En cada siglo dirigen una nueva orientación las ideas de los pensadores. Esto en parte debido a la acción conjunta de las diferentes ramas de las ciencias naturales, que están entre sí en condiciones de favorecerse mutuamente, a través del arte de coleccionar la mayor cantidad de hechos que luego, después de ordenados, se conviertan, a través del camino de la inducción, en ideas generales. Así es*

posible despertar un interés que se niega —quizá sin razón— en el mismo grado, a los estudios especiales”.

Humboldt estaba convencido de que en la vida de los pueblos la casualidad no tiene importancia. “*En cada época de la vida de ellos se reconoce que aquello que está relacionado con el progreso, la razón y el perfeccionamiento de la inteligencia, tiene hondas raíces en los siglos anteriores*”. Si Humboldt opinaba así, se comprende que en el campo político era un liberal de su época. Los contemporáneos decían de él: “*lleva la llave dorada del Chambelán colgada de la cintura, pero en el corazón las ideas de 1789*”. Humboldt era de un modo de ser subjetivo-clásico, formado por el espíritu alemán clásico en combinación con el pensamiento lógico-racional de las ciencias naturales del siglo 18 que tuvo su origen y desarrollo en Francia.

Las ideas de la revolución francesa, resultado de la época del iluminismo y su lucha contra las instituciones políticas y de la metafísica de entonces, quizá la más grande contribución de Francia al desarrollo de la humanidad, eran base del pensamiento político y social de Humboldt a través de toda su vida. Sus ideas políticas tienen sus raíces precisamente en estos años de la revolución francesa —su juventud— y fueron consolidadas luego por su concepción del mundo, basado en las ciencias naturales, según las cuales la naturaleza se encuentra en una constante evolución. La creciente influencia de la reacción, después de 1848, que llegó hasta controlar su correspondencia, amargó duramente los últimos años de su vida.

No era pues tampoco mera coincidencia que su compañero de viaje al Nuevo Mundo, Bonpland, fuera francés, ni que él mismo hubiera vivido en París y escrito su obra fundamental en francés y que en la primera obra publicada aparecieran los dos como autores. Además, Humboldt estaba convencido de que la política no se podía ni debía excluir de la vida. Es más, todo en la vida es política, desde el modo de pensar hasta la acción, y negarla es sencillamente optar por una actitud reaccionaria.

Sin embargo, Humboldt no era un político revolucionario. No pudo serlo por su posición social y formación. Era un liberal de su época, tal como lo describe Goethe refiriéndose a Dumont, cuando dice: “*El es un liberal moderado, como son y deberían ser todas las gentes razonables, y como yo mismo lo soy, y en cuyo sentido me he esforzado por obrar a través de una larga vida. El verdadero liberal busca con todos los medios a su alcance, hacer tanta cosa buena como le es posible, pero se cuida de erradicar con sangre y fuego las deficiencias, muchas veces inevitables. Se esfuerza por medio de una acción inteligente por combatir las deficiencias públicas poco a poco, evitando así el destruir, debido al empleo de medidas fuertes, igual cantidad de cosas buenas existentes. El se contenta en este mundo incompleto con lo bueno existente hasta cuando el tiempo y las circunstancias le permiten alcanzar algo mejor*”.

Maravilloso este liberalismo de una clase privilegiada del siglo pasado. Pero comparando las dos épocas observamos hoy que el mundo entero se encuentra bajo una crisis. La dinámica de la evolución nos lleva con fuerza y velocidad tan singular que al parecer pelagra

el control y la dirección sobre ella. Las fuerzas del equilibrio de antes se encuentran en un antagonismo como consecuencia de la alteración de las estructuras económicas y de los valores éticos y morales en relación con el desarrollo técnico y científico.

Hay menos libertad y más caos. Menos espontaneidad individual. No hay coordinación estructurada en un mayor volumen de masa humana sin rumbo ni directivas propias todavía, pero la pide. El tiempo nuestro necesita científicos que sepan obrar como conductores de estas masas.

Y hoy en este siglo que nos distancia de la época de Humboldt, y singularmente en su segunda parte, hemos sufrido —más que gozado— los adelantos casi miedosos de la técnica, como consecuencia de nuevos conocimientos. Sobre todo, en el campo de las ciencias naturales que han puesto en duda, para muchos hombres, las bases de nuestro pensamiento científico, resultado acumulativo de nuestra cultura y tradición. Los resultados técnicos de la ciencia moderna hacen dudar al hombre de su concepción sobre él mismo y el mundo. Se pregunta especulativamente —todavía con toda la cautela— si existen relaciones entre las verdades que descubre la ciencia, como por ejemplo, en el campo de la física nuclear y de la bioquímica, y los conceptos tradicionales, o también subjetivos, del hombre sobre la vida y la razón de su existencia.

Los cambios durante esta centuria han sido gigantescos y han abarcado la totalidad de los fenómenos de la vida de casi todas las sociedades humanas. Han creado una época de dudas y de falta de orientación intelectual, que afecta en un grado mucho mayor a las masas que a los hombres de ciencia.

La existencia de estas masas y su participación definitiva en todos los campos de la convivencia humana, es la característica de nuestro siglo. Psicología, antropología, política, economía e historia, en fin, todas las disciplinas que se ocupan del hombre como individuo y miembro de una sociedad, forzosamente tienen que investigar las causas que llevaron hacia la formación de esta masa anónima, irresponsable y guiada por instinto y sentimiento (Grassi). Pero también esta masa evoluciona y pide instrucción; pero ni las universidades pueden recibirla, ni su enseñanza es la indicada. Sin embar-

go, el futuro del hombre depende de esta masa y de la cultura que va a recibir. Es tan importante una instrucción, por ejemplo, sobre la energía nuclear, como la producción de ella, para evitar una aplicación catastrófica. Solo esta masa instruída puede evitar un uso indebido, y la ciencia es para ella. Aun cuando parece paradójico, el futuro del mundo depende de estas masas —aunque considerándolas como un conjunto de seres humanos— y si las circunstancias exigen una modificación en el *modus vivendi*, hay que buscarla. Esto también es un objetivo de la ciencia y quizá el más importante en la actualidad.

Sería interesante hacer una comparación crítica, bajo el lema, como dice Robert Oppenheimer “qué es lo que vemos, si miramos al mundo de ayer, y luego lo comparamos con el de hoy?”. Creo que tenemos poca razón de festejar una fecha memorable como la de la muerte de Humboldt, cuando nos damos cuenta de que la ciencia ha avanzado prodigiosamente en sus aspectos técnicos, pero ha descuidado sus obligaciones éticas y humanas. Aun es más: la ciencia ha puesto el dominio de la energía atómica en manos de aquellos que la convierten en una amenaza para la humanidad y no saben honrar, como dice Gerlach, esta maravilla de la naturaleza, que es una ofrenda del Creador al hombre. La ciencia tiene la obligación de evitar este peligro y no debe ponerse fatalmente al servicio de aquellos que no comprenden la magnitud de las proporciones científicas y filosóficas de nuestra generación, quizá la más grande que ha tocado al hombre hasta ahora. La ciencia es universal, no está sujeta a fronteras ni formas de gobierno, ni siquiera a culturas determinadas; sencillamente, su campo de acción es la *humanitas*, como dice Oppenheimer, y no puede ni debe ser un secreto militar. El físico Gerlach observa que “*es la primera vez en la historia de las ciencias naturales que la investigación básica, el estudio del problema hasta hoy más grande de nuestro mundo, es “Top Secret”. “Imaginémonos —dice él— el “Mysterium cosmographicum” de Keppler como secreto militar, y así comprendemos el caótico estado intelectual y de la ciencia de nuestro tiempo*”, y a la vez los frecuentes conflictos que se presentan entre los científicos y los políticos. Es cierto que la ciencia empieza a reaccionar; el memorando de Franck en los Estados Unidos y otro semejante en Alemania y en otras partes del mundo, elaborados por los más grandes científicos, son hitos de una nueva orientación filosófica del mundo, de la cual fue Humboldt uno de los grandes precursores.